

Algo en la niebla

La niebla no baja a los campos de Victoria, vive allí. No cae como una cosa que viene desde arriba, es más bien una presencia que decidió instalarse en la zona y luego simplemente olvidó marcharse. Se pega a los cercos, a los campos cultivados y los árboles como una presencia fantasmal. Todo tiene allí un borde difuso, como una foto mal enfocada.

La ruta hacia Curacautín es una línea oscura que aparece y desaparece entre ese blanco matinal. El corredor avanza solo. Auriculares puestos, Dua Lipa en su *playlist*. Algo liviano, programado para sostener el ritmo de aquel trote cotidiano. El sonido es nítido dentro de su cabeza.

Respira.

Inhala.

Exhala.

Uno, dos, tres pasos.

El mundo se reduce a eso.

El frío en los pulmones, el impacto de sus pies sobre la gravilla.

El vapor que sale de su boca y se pierde en la humedad.

La ruta está vacía. O al menos eso es lo que parece. Porque en realidad nunca está vacía del todo: siempre hay algo detrás de los cercos, algo entre los troncos, algo que no se deja ver por completo. El corredor baja un poco la cabeza. El ritmo de la música marca el trote. No piensa en nada concreto. Es entonces cuando todo sucede.

El cuerpo lo percibe antes que la mente. Los pasos se desacoplan del trote sin que él lo decida. La respiración se

desordena. Sigue avanzando dos o tres metros por inercia y después se detiene. A la derecha de la ruta, detrás de un cerco de madera oscura, hay algo que no pertenece a la continuidad del paisaje. Al principio es solo una forma extraña. Luego, una interrupción. Después, la certeza de que es un cuerpo.

Se queda quieto. La música en los audífonos sigue sonando como si nada hubiera ocurrido. Al sacarse uno de los auriculares el silencio entra de golpe en sus oídos. Mira otra vez la escena. Ahora ya no hay duda, el cuerpo está allí. No es una posición que sugiera un accidente, eso es lo primero que piensa. No es la caída de alguien que fue atropellado. Es otra cosa, una disposición del cuerpo y sus partes. Una forma.

El corredor se acerca.

Entonces, el horror.

Da un paso hacia atrás. Luego otro. No hay grito. Ninguna reacción espectacular, solo un movimiento reflejo de retirada. La música sigue en el otro auricular, filtrándose débilmente, absurda a estas alturas. Se lo quita también. Ahora sí. El silencio total. Y en ese silencio, el bosque. No el bosque como postal, no el bosque como paisaje, sino el bosque como masa: humedad, troncos, follaje.

El corredor voltea. Empieza a caminar rápido, después a trotar y segundos más tarde a correr. Detrás suyo el cuerpo —o lo que sea que haya visto— queda donde está. Cuando ya se aleja lo suficiente se detiene a un costado del camino. Su respiración está agitada y sus manos temblorosas.

Saca el teléfono. Marca. Nadie responde. Vuelve a marcar. El sonido de la llamada entra, por fin.

—Carabineros de Chile, ¿cuál es su emergencia?

La voz es femenina, neutra, entrenada para no precipitar interpretaciones.

El corredor traga saliva.

—Hay... hay un cuerpo en la carretera.

—¿Un accidente de tránsito?

—No... no parece un accidente. Está a un lado de la ruta, apoyado en un cerco.

—¿Qué ruta? ¿Puede darme la ubicación exacta?

El corredor mira a su alrededor. Árboles. Niebla. Una curva lejana.

—Ruta hacia Curacautín... antes del cruce de... No sé el nombre exacto. Hay un sector de fundos... a pocos kilómetros de Victoria.

—¿Está usted en el lugar?

—Sí..., bueno, ahora me alejé un poco.

—¿Vio alguna persona más?

—No.

Silencio breve del otro lado.

—¿El cuerpo presenta signos de movimiento reciente?

El corredor duda. No sabe cómo explicar lo que ha visto minutos antes.

—Es que no es un cuerpo..., o sea sí, pero uno que parece estar desmembrado. Alguien lo puso ahí.

—Manténgase en línea si es posible. Ya estamos despachando una patrulla.

—Ya... ya llamé antes, pero nadie contestó.

—Está siendo atendido, señor. ¿Su nombre?

El corredor mira hacia el camino otra vez. No quiere quedar vinculado a lo que vio.

—No importa.

—Necesitamos su identificación.

Pausa.

—Prefiero no darla.

Otra pausa. La operadora no insiste más de lo necesario.

—Quédese en un lugar seguro. La patrulla está en camino.

La llamada se corta.

El corredor se queda mirando el teléfono. No está seguro de haber hecho lo correcto. Perfectamente pudo no involucrarse y seguir trotando. Pero ya era tarde. Luego levanta la vista y decide largarse del lugar.

La primera patrulla de Carabineros llega sin sirenas. El vehículo se detiene con precisión al costado del camino. Dos uniformados bajan rápido, pero sin urgencia exagerada. La rutina del procedimiento ya está instalada antes de ver la escena. Uno de ellos mira a su alrededor antes de mirar el cuerpo. Eso es lo primero. El segundo ajusta la radio.

—Atento, Cenco, hallazgo de cadáver. Comunicar a fiscal de turno y solicitar apoyo PDI.

No hay dramatismo en la frase. Solo activación de un protocolo aprendido y rutinario.

Ambos carabineros se acercan al cerco. Ven el cuerpo, o más bien las partes de uno que ya dejó de serlo. El silencio cambia de textura. Uno de ellos delimita un perímetro con cinta amarilla. El otro observa el entorno con minuciosa atención. Sabe que el paisaje puede entregar información valiosa si se le mira el tiempo suficiente.

Más tarde llegan otros vehículos al lugar. Primero más carabineros y luego personal de la Brigada de Homicidios de la PDI. El oficial de mayor rango baja del vehículo sin mirar el cuerpo de inmediato. Observa detenidamente todo el entorno, siempre el entorno primero: la humedad del suelo, la dirección de la pendiente, el cerco de alambres, la forma en que el pasto ha sido comprimido en zonas que no corresponden a algo natural. Detrás de él alguien habla de forma rápida, técnica. El fiscal, comenta otro de los policías, ya fue informado.

El reportero aparece más tarde. No corre, no se abre paso a empujones. Solo llega como alguien que ya ha estado en otros lugares parecidos sin saber exactamente cuándo

comenzó a repetirse esta historia. Mira el cuerpo, luego examina el perímetro y el bosque a su alrededor. Lo hace como si estuviera comparando esta escena con algo que ya ha visto en el pasado. Enciende un cigarro. El humo sube lento y sin resistencia se mezcla con la niebla.

El oficial está de espaldas a él, todavía concentrado en el suelo.

Varios policías hablan fuera de cuadro. Algunos detectives ya trabajan en el sitio, las cámaras registran, pero el reportero no mira el procedimiento policial. Mira otra cosa, algo que todavía no tiene forma clara en su cabeza. Y fuma, sin apuro, solo observando, como si supiera que lo que acaba de ocurrir no comienza ni termina en este cuerpo desmembrado hallado a un costado de la ruta.

¿Qué tenemos aquí?

El teléfono del fiscal Alberto Peña sonó antes de que terminara su primer café del día. No estaba aún en su oficina, seguía en su departamento, todavía en pijama, con la ciudad de Victoria reducida a un ruido lejano que entraba a ratos por la ventana. Miró la pantalla sin apuro, como si el llamado pudiera esperar unos segundos más, pero no. Era una llamada de Carabineros de Chile. Contestó.

—¿Aló?

La voz del otro lado era formal, contenida.

—Fiscal, tenemos el hallazgo de un cadáver en la ruta hacia Curacautín. Se requiere su presencia en el sitio del suceso.

Hubo una pausa breve. El fiscal cerró los ojos un segundo.

—¿Accidente? ¿Homicidio?

—Lo segundo, señor.

Eso ya era suficiente respuesta para él.

—Voy en camino.

Cortó sin despedirse y se movió rápido, tal vez demasiado para alguien que no estaba acostumbrado a que lo llamaran a primera hora de la mañana por algo que realmente importara. Se puso la camisa sin plancharla del todo. Tomó las llaves. No revisó mucho más.

La idea de una escena del crimen todavía no tenía forma clara en su cabeza. En su experiencia como fiscal de Victoria las cosas eran más simples: robos, peleas, algún incendio ocasional, denuncias que se resolvían rápido y sin mayor connotación pública. Esto parecía ser distinto, pero todavía no lo sabía con certeza.

El camino hacia el sitio le tomó menos tiempo de lo que esperaba. Calculó en no más de siete kilómetros el trayecto. La ruta parecía más silenciosa de lo normal. O quizás era él quien no estaba escuchando bien.

Cuando llegó, ya había varios vehículos oficiales. Luces intermitentes, cinta policial amarilla, movimiento controlado. El tipo de orden que aparece cuando algo ha dejado de pertenecer a la vida cotidiana.

Detuvo el auto. Bajó. El aire era frío y húmedo, demasiado húmedo, pensó. Caminó hacia el perímetro. Un carabinero lo reconoció y le abrió paso sin demasiadas palabras.

—Fiscal.

Él asintió. No respondió. El cuerpo aún no lo veía claramente. Solo el entorno: la ruta, el cerco, la niebla, el movimiento técnico de los uniformados. Hasta que alguien lo llevó hacia el punto exacto. Y ahí lo vio. Se detuvo. No dijo nada durante unos segundos. Solo miró.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó finalmente.

La frase le salió más seca de lo que esperaba. Un carabinero respondió.

—Hallazgo de un cadáver, fiscal. Llamado al 133 por civil que hacía deporte en el sector.

—¿Dónde está ese civil?

—Se retiró del lugar, pero entregó ubicación aproximada y descripción inicial. Tenemos su contacto.

El fiscal miró alrededor.

—¿Primera patrulla?

Otro carabinero intervino.

—Llegó a los pocos minutos del llamado. Confirmaron presencia del cuerpo. Se aisló el sitio y se solicitó apoyo a la PDI.

El fiscal asintió. Se quedó mirando el cuerpo otra vez. No era un tipo de escena que hubiera visto antes. No en Victoria. No en toda su trayectoria.

Un inspector de la PDI se acercó hasta su posición.

—Comisario García —dijo Peña, extendiéndole la mano.

—Fiscal Peña —respondió el policía sin alargar la presentación.

No hubo más saludo adicional. Solo reconocimiento operativo.

—¿Qué tenemos? —repitió el fiscal, esta vez dirigiéndose al oficial.

El comisario no respondió de inmediato. Miró el terreno. Luego el cuerpo. Luego el cerco.

—Posible homicidio —dijo—. Hay también indicios de manipulación posterior a la muerte.

El fiscal frunció el ceño.

—¿Manipulación en qué sentido?

El policía respondió.

—Desmembramiento del cuerpo. Posicionamiento de sus partes con algún tipo de sentido ritual.

El fiscal se quedó en silencio un segundo más de lo habitual.

—¿Ritual? —preguntó.

El oficial lo miró.

—Eso parece.

En ese momento apareció el reportero. Sin credencial de prensa visible desde lejos. Sin apuro. El fiscal lo notó de inmediato.

—¿Quién lo dejó pasar? —preguntó.

Un carabinero encogió los hombros.

—Llegó por sus medios, fiscal.

El reportero encendía otro cigarrillo mientras se acercaba a Peña.

—Otra vez usted —dijo el fiscal, con un tono que mezclaba hastío y reconocimiento.

—Yo siempre llego antes que la Fiscalía —respondió el reportero.

No sonrió. El fiscal lo miró.

—Esto es un sitio del suceso.

—Ya lo veo —respondió el reportero, mirando el cuerpo sin detenerse demasiado en el protocolo.

El fiscal bajó la voz.

—¿Qué sabe?

El reportero exhaló.

—Sé que no es un caso común. Y sé que va a crecer.

El fiscal lo ignoró parcialmente y volvió al oficial.

—¿Cuántas personas han entrado al perímetro?

Él respondió sin emoción:

—Las necesarias para asegurar el sitio. PDI, Carabineros, personal de apoyo. Controlado.

El fiscal asintió.

—Quiero cierre total del perímetro. Nadie entra sin autorización directa.

—Ya está en curso —respondió él.

Se acercó al cuerpo otra vez. Ahora con más tiempo. Más presión. Más expectativa.

—¿Crimen organizado? —preguntó el fiscal, sin mirar a nadie en particular.

Nadie respondió de inmediato.

El reportero lo hizo primero.

—Si lo convierte en eso demasiado rápido se puede equivocar.

El fiscal giró hacia él.

—¿Y qué estamos viendo entonces?

—Eso es lo que todavía no sabemos, pero prepárese. Esto se va a volver gigante —dijo el reportero y lo miró de forma directa.

El fiscal lo sostuvo con la mirada.

—He visto casos complejos.

El reportero asintió levemente.

—Le aseguro que ninguno como este.

El oficial intervino entonces en la conversación.

—No sabemos aún de qué trata esto.

El fiscal lo miró.

—Pero hay intervención de terceros.

—Sí —respondió el oficial—. Eso es evidente.

El silencio que siguió fue más pesado que el viento. El fiscal respiró hondo. Luego habló con tono más operativo:

—Que criminalística haga su trabajo. Evidencias. Fotografías. Peritajes. Quiero un informe preliminar hoy mismo.

Se volvió hacia los carabineros.

—Perímetro cerrado. Nadie entra. Nadie sale sin registro.

Luego hacia el oficial de la PDI:

—Quiero una actualización constante.

El oficial asintió.

El reportero seguía allí. Fumando. Observando, como si todo lo demás fuera la administración de un hecho que aún no había sido entendido.

El fiscal lo miró una última vez.

—Y usted... —dijo.

El reportero lo miró de vuelta.

—... Cuidado con lo que va a publicar.

El reportero no discutió. Solo dijo:

—Fiscal, no se preocupe por mí, preocúpese por lo que viene.

El fiscal no respondió, pero algo de esa frase se le quedó pegado.

A lo lejos la niebla seguía cerrando el paisaje. Horas más tarde, el sitio del suceso ya no era el mismo. No porque hubiera cambiado, sino porque ahora estaba ocupado por el trabajo policial y forense. La niebla seguía ahí, pero había sido domesticada por luces portátiles, por focos blancos, por el ir y venir de peritos que convertían el terreno en una superficie legible. Lo que unas horas antes era solo una berma anónima de la ruta se había convertido en una

estructura de decisiones: qué se toca, qué no se toca, qué se registra, qué se interpreta.

Peritos del Laboratorio de Criminalística avanzaban sobre el terreno enfundados en overoles blancos, mascarillas, guantes de látex y cubrecalzado, procurando no alterar nada. En el centro de la escena, un toldo azul de la Policía de Investigaciones resguardaba el cuerpo de la víctima, ais-lándolo tanto de la persistente humedad como de la mirada de curiosos y periodistas que comenzaban a reunirse detrás del perímetro policial. El cuerpo ya no era solo un cuerpo, era un conjunto de procedimientos. Era evidencia.

A su alrededor, los detectives trabajaban casi sin hablar. Unos fotografiaban el terreno desde distintos ángulos; otros rastreaban el barro y la vegetación baja en busca de fibras, cabellos o restos biológicos. Pequeños marcadores amarillos numerados comenzaban a multiplicarse alrededor del cadáver, señalando indicios cuya importancia todavía era imposible de establecer. Cada evidencia era medida, georreferenciada, fotografiada y luego levantada con una precisión casi quirúrgica.

La escena transmitía la sensación de una coreografía perfectamente ensayada: mientras el crimen parecía haber sido ejecutado con una violencia en extremo salvaje, la respuesta de la PDI era justo la contraria, paciente, metódica y silenciosa, como si cada centímetro de aquel lugar pudiera terminar contando una parte de la historia que el asesino había intentado borrar.

El fiscal regresó a Victoria. Lo hizo directo a su oficina ubicada en un edificio gris del sector centro. Allí permaneció gran parte de la mañana esperando los reportes policiales. Ni siquiera salió por el café y el sándwich de queso caliente, su rutina de cada jornada. La sensación de haber entrado en algo más grande de lo habitual ya no era intuición: era una certeza creciente.

La llamada que esperaba sonó antes de mediodía.

Esta vez no era Carabineros. Era de la PDI. Contestó de inmediato.

—Fiscal.

La voz del otro lado era distinta a la de la mañana: más precisa, más contenida.

—Fiscal, le hablo desde la unidad de identificación. Tenemos una confirmación preliminar de la identidad del cuerpo hallado en la ruta.

El fiscal se enderezó en el asiento.

—Adelante.

Hubo una breve pausa. Papel moviéndose. Sonido de un teclado. Luego la voz volvió.

—Se trata de Carlos Schneider Gibson. Veintiún años.

El fiscal no respondió de inmediato.

—¿Está confirmado?

—Sí, fiscal. Identificación cruzada con documentación hallada en la propia escena, antecedentes familiares y verificación en redes. Estamos a la espera de confirmación final forense, pero el cruce es concluyente.

Otra pausa.

—Es uno de los nietos del matrimonio Schneider-Bauer, residentes en Victoria.

El fiscal cerró los ojos un segundo. No por cansancio, más bien por sorpresa. Sabía perfectamente de quiénes se trataba.

—Repita el nombre —dijo.

—Carlos Schneider Gibson.

Silencio del fiscal. Del otro lado, la voz continuó:

—Hijo de familia con presencia importante en la comuna. Propietarios de fundos agrícolas y ganaderos. Redes empresariales locales. Alta visibilidad social.

El fiscal se pasó una mano por la cara.

—Entendido.

Cortó. No de inmediato; aún impactado se quedó con el teléfono en la mano unos segundos más. Luego lo bajó pausadamente. Debía llamar cuanto antes a su jefatura en Temuco.